Globethics Repository

Bogotá [Bogotá]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Julio, Carrizosa-Umaña
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-10 14:53:29
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220404

Nueva Sociedad Nro.120 Julio- Agosto 1992 , pp. 26-31

Bogotá: informe final

Carrizosa-Umaña, Julio

Julio Carrizosa Umaña: Ingeniero y economista colombiano. Miembro de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Autor de numerosos estudios sobre política y planificación ambiental. Actualmente se desempeña como consultor del BID en la ciudad de Quito.

En estos, mis últimos días en la capital de Colombia, me he dado cuenta de que he pasado cincuenta años viviendo no en una ciudad sino en una increíble máquina de ascenso social; una escalera, casi automática, que se ha construido a sí misma desde los años treinta en un acelerado proceso de urbanización. He sido testigo diario de esa construcción física y social que convirtió en sólo sesenta años una ciudad provinciana de 300.000 habitantes en la mayor ciudad de los Andes: cinco millones de habitantes viviendo a 2.600 metros sobre el nivel del mar. Ahora es tiempo de rendir mi informe.

Poco queda de la ciudad de principios de siglo que soñaba con ser la Atenas de Sur-américa; de quienes vivíamos allí en 1935 sólo desciende una décima parte de la población actual; el resto son gentes que ascendieron la cordillera buscando oportunidades, amigos y padrinos, un clima agradable, participación en el decidir político y en la burocracia, cura contra la ignorancia y el aburrimiento o, la mayor parte de ellos, huyendo de la violencia y la pobreza rurales, plagas endémicas de Colombia. Sin embargo muchos de estos últimos comparten las ilusiones de los bogotanos raizales; aspiran a formar parte de esa Atenas que nunca existió y, tal vez, sienten mi misma angustia: la de vivir en un proceso acelerado de construcción de alcobas y cocinas y no en el ámbito reposado e intelectual que evocaba su sobrenombre.

Sin embargo, tal vez lo verdaderamente importante fue construir esa ciudad de cinco millones de habitantes en menos de dos generaciones; construirla de cualquier manera, siguiendo el afán diario del inmigrante, sin planificación, ni policía; aspirando más a la sobrevivencia que al goce intelectual. Quienes trazaron las calles siguiendo, un poco a las patadas, el viejo trazado del Consejo de Indias; los que pusieron ladrillo tras ladrillo, no solamente cumplían las ilusiones de los otros sino posibilitaban su propio vivir urbano y salvaban su pellejo del crónico genocidio rural.

Debo confesar que a pesar de la sensación de inestabilidad que me proporcionaba ese continuo construir y de la contrariedad que me causaba la poca consideración de todo canon estético, hubo ocasiones en que ese dinamismo generaba interiormente cierto orgullo, como si los bogotanos tuviéramos algo que ver en esa invasión de la altiplanicie. Durante cincuenta años y a partir de la mañana en que vi romper el enladrillado del barrio colonial de la Candelaria para instalar los hilos del teléfono automático, el continuo destruir y construir no se ha interrumpido y así he contemplado la transformación total de 30.000 hectáreas de la Sabana de Bogotá, pero ese cambio percibido diariamente, casa por casa, condujo, más que a nostalgia, a una especie de ternura por la nueva realidad. Los bogotanos, viejos y nuevos, permanecen porque, en el fondo de su alma, aman y necesitan ese ente grande, pobre, feo y manso, resultante del laissez faire sobre uno de los ecosistemas agradables del planeta.

Sabana y ciudad

Sabana de Bogotá llamamos los colombianos a esa planicie, casi completamente horizontal, situada a dos kilómetros y medio por encima y más de mil kilómetros al sur del Caribe. Producto del azar geológico, pedazo de mar que se levantó cuando se formaron las últimas montañas del planeta y que desaguó lentamente, dejando miles de metros de sedimentos que alinean cerros redondeados.

Los descendientes de los siberianos que atravesaron el estrecho de Bering, ascendieron a la Sabana hace más de 15.000 años y sobrevivieron allí cazando mastodontes; entonces los cerros estaban cubiertos de nieve y el mar se había convertido en lago que ocupaba gran parte de la planicie.

Cuando llegaron los europeos, a principios del siglo XVI, encontraron un pequeño imperio en formación; confederaciones de grupos tribales que aunque no tenían los monumentos de incas o de aztecas, los maravillaron con su orfebrería y textiles. Valle de los Alcázares lo llamaron por los cientos de pequeños poblados ornamentados con altos mástiles en donde ondeaban pendones de algodón pintado de rojo. Ya en esa época Bogotá era uno de los dos o tres centros indígenas que concentraban las actividades comerciales y políticas en lo que es hoy Colombia.

La temperatura media de catorce grados, las frecuentes lluvias y los suelos planos, enriquecidos por las cenizas de los volcanes de la cordillera central, así como habían facilitado la sobrevivencia de los cazadores de mastodontes, permitieron la consolidación del grupo muisca y forzaron el establecimiento en la Sabana de la capi-

tal de la colonia, luego Virreynato de Nueva Granada. Rápidamente los españoles comprendieron que solamente allí estaban a salvo de la malaria y prosperaban los cultivos y ganados europeos. A pesar del tremendo esfuerzo que suponía establecer su centro político y administrativo en lo alto de las montañas, a cientos de leguas del mar, la ventaja de contar con ese pequeño símil de los ecosistemas europeos era suficientemente grande para compensar los azares del viaje de varias semanas necesario para llegar allí desde Cartagena.

Ese determinante geográfico continúa siendo válido, después de ciento ochenta años de vida republicana, jugando siempre en contra de los esfuerzos descentralistas del resto de la nación. Colombia ha sido país de regiones aspirando a ser Estados, en continua confrontación con el centralismo bogotano contra el que chocan tanto las aspiraciones políticas como las formas de ver la vida en la costa caribeña, las ciudades vallunas y las montañas antioqueñas. En los primeros años de la República esa discusión se convirtió en guerra civil; luego Bogotá la ha ganado sin disparar un solo tiro, entregándose abierta al consenso nacional alrededor del goce de vivir en el trópico frío.

Así la Sabana, poblada inicialmente por pueblos de origen siberiano, es ahora una inmensa matriz en la que se gesta un conjunto racial, determinado por la mezcla de genes asiáticos, europeos y africanos, probablemente modificado a diario por factores físicos excepcionales como la baja presión atmosférica, la escasez de oxígeno y la intensidad de la radiación ultravioleta, pero, sobre todo, movido por una intensa ilusión de sobrevivir y prosperar, típica, al fin y al cabo, de pueblos migrantes que, por una u otra razón, forzados o voluntariamente, caminan secularmente por el planeta.

La ciudad de las ilusiones continuas

Ciertamente la urbanización siempre implica ilusión, pero en las ciudades concluidas, como Salamanca o Salzburgo, esa ilusión se convierte en plenitud; en el goce de sentarse en el parque, en el placer crónico de asistir al café de la esquina, en el contemplar la casa de la familia. En las ciudades que nunca terminan de construirse, como Bogotá, esa plenitud nunca llega; el orgasmo final no se produce.

Es posible que ese esperar sin desesperar, característico de las ilusiones continuas, sea una de las claves para comprender a Bogotá; partiendo de las ilusiones que movieron al Consejo de Indias para ordenar su trazado cartesiano y concluyendo con la ilusión postmodernista de los centros comerciales plenos de columnas dóricas y

cúpulas bizantinas, la ciudad se construye como producto de una inmensa red de ilusiones interconectadas, en la que el deseo del vecino o la plenitud de la ciudad ajena se convierte en acicate para formas imitantes o innovadoras, según el talante de quien maneja los fondos.

Monumento dinámico a un postmodernismo integral, podría llamarse esta ciudad de las ilusiones continuas, en la que se encuentran todos los rasgos de todas las corrientes arquitectónicas que ha inventado la humanidad, con barrios enteros orientados por la nostalgia del «town house» o por la lectura andina del funcionalismo. Monumento cinético que nunca podrá representarse por una visión estática ya que su característica fundamental es el cambio, con un continuo migrar de sur a norte de clases y personas. Porque mantener continua la ilusión significa cambiar de sitio en el tejido urbano y ese movimiento en Bogotá sólo tiene el sentido sur-norte.

Observando las fachadas de las casas es posible recrear la transformación de las ilusiones de las familias bogotanas: recrear en la Sabana la casa extremeña, adornar los balcones con rejas sevillanas, montar sobre ellos gabinetes franceses que tuvieron que completarse con falsas mansardas y luego, iniciar la migración interna hacia el norte, en donde la mayor humedad permitió hacer antejardines ingleses que rodearon inmensas casas de techos inclinados para que descendiera fácilmente la nieve; luego el concreto armado facilitó elevar el «penthouse» hasta Norteamérica. Detrás de cada yeso, en el ápice de cada arquito está la ilusión de un propietario empeñado en cumplir su propia fantasía: transformar la sabana grisáca en campiña de Nueva Inglaterra, dar un sabor de garçonière a su soledad burguesa, adherirse a la modernidad por medio de la albañilería.

Bogotá no es una ciudad sino una máquina de ascenso... Esa máquina es una escalera eficiente que conduce desde la pobreza y la violencia a una existencia de saco y corbata en la cual la agresividad de la tierra caliente se convierte en la imitación de la cortesía cachaca.

Yo vendo, tu vendes, nosotros...

El sustento de esta enorme escalera de ilusiones es el comercio: en cada bogotano hay un comerciante, explícito o implícito; familias enteras por generaciones han comprado y vendido desde aguacates en las calles, hasta finca raíz; en Bogotá la industria es escasa, pero existen calles que, como la Avenida Caracas, tienen almacenes en todas y cada una de sus cuadras, desde el extremo sur, hasta el norte; una cadena comercial de más de 25 kilómetros de largo.

Los pocos intentos de planificación que ha hecho el Estado han cedido ante esta vocación necesaria de comprar y vender. Conforme avanza la ciudad hacia el norte las casas que se construyen con licencia sólo para vivienda, abren puertas adicionales, instalan avisos y se convierten lentamente en minicentros comerciales iniciados, en muchos casos, por el almacencito que montan las mujeres para compensar el presupuesto familiar.

Barrios enteros de la ciudad han sido así colonizados por comerciantes especializados y convertidos en emporios de artículos específicos. Los bogotanos saben que en todas las casas del barrio Restrepo se vende calzado y que en la calle 53 hay uno de los mayores centros mundiales de venta de artículos para la ornamentación navideña, pero el caso más curioso es el de San Andresito.

Cuando se creó el puerto libre en la isla colombiana de San Andrés, las familias empezaron a viajar para traer artículos importados que en muchos casos se revendían. Poco a poco esa actividad familiar se institucionalizó en un barrio en el que adquirieron una bodega en la cual se instalaron pequeños puestos de venta que se multiplicaron rápidamente. Hoy San Andresito cubre totalmente seis manzanas en donde cada metro cuadrado es un puesto de venta de todos los artículos con que sueñan los habitantes de los países en desarrollo. Durante los últimos treinta años los bogotanos han podido comprar a los precios más bajos los artículos más sofisticados con la tácita aprobación de las autoridades policíacas, pero en abierta contradicción con las normas aduaneras.

El ejemplo de San Andresito ilusiona a todo recién llegado a Bogotá; lo impulsa a instalar su propio puesto en cualquier acera o a constituir grupos volantes de venta en los semáforos. Los dueños de automóviles en Bogotá sabemos que en cada parada hay la oportunidad de comprar desde mangos hasta imágenes de santos. El mercado del semáforo tiene ejemplos refinados como el de los niños que ofrecen contar chistes para aligerar la espera en los trancones. Por épocas los grupos de vendedores ambulantes se desbordan, invaden barrios completos y entonces las autoridades los organizan instalándolos en bodegas. Lo increíble es que todo vendedor en Bogotá encuentra un comprador.

Otra vez Atenas

El nombre de Atenas Suramericana lo inventó un diplomático argentino que oscilaba entre la ironía y el asombro al contemplar a la elite, a finales del siglo XIX recitando en las calles. La índole del nuevo bogotano lo ha llevado a reconstruir, de

cierta manera, ese ambiente en la Bogotá del siglo XXI, donde las calles se convierten en teatros, pistas de baile y escenarios deportivos, para compensar la carencia de los espacios apropiados para ello.

De la misma manera que todos somos comerciantes, todos aspiramos a ser maestros. En Bogotá gustan los títulos y el mayor es ser maestro, de obra o maestro a secas. Maestro es aquel que ha descollado en las bellas artes, en las letras o en el trabajo artesanal. Doctor es un grado más específico pero menos importante, porque difícilmente hay un bogotano que no sea tratado en esa forma, a no ser que el aspecto de su vestido sea tan decaído que haga pensar que puede tratrarse de un maestro.

La ilusión del conocimiento es la gran trampa que el ingenio bogotano tendió en el siglo XIX y que ha atraído desde entonces a toda la provincia, ávida del título de doctor que dispensaba la capital. Conforme uno se convierte en doctor no sólo adquiere patente de corso para entrar en la burocracia sino el don de convertir en doctores a los demás y ahí está la clave de la nueva Atenas Suramericana.

Así como hay barrios enteros vendiendo equipos de sonido de contrabando, en Bogotá hay todo un sector del antiguo centro histórico y administrativo convertido en fábricas de diplomas y doctores. Más de 100 universidades funcionan en Bogotá; algunas reducidas a una casa vieja, otras ocupando grandes extensiones en conjuntos envidiables. Ya Bolívar había percibido esa intención cuando, irónicamente, definió a Caracas como un cuartel, a Quito como un convento y a Santa Fe como una universidad.

Esa macrouniversidad en la que todos enseñamos y aprendemos, crea doctores y reparte conocimientos a todos los niveles. La vara mágica del conocimiento subsiste en el ánimo de todo el que percibe a Bogotá como la solución a su ignorancia y la panacea para su desempleo.

La escalera trasera

Bogotá no es una ciudad sino una máquina de ascenso en donde la construcción, el comercio y la educación convierten en doctores, empresarios y maestros a los miles de campesinos y desarraigados que llegan anualmente del resto de Colombia llevados por sus ilusiones.

Esa máquina es una escalera eficiente que conduce desde la pobreza y la violencia a una existencia de saco y corbata en la cual la agresividad de la tierra caliente se convierte en la imitación de la cortesía «cachaca». Bogotá absorbe gran parte de las ilusiones rurales y provincianas pero las mantiene vivas, anpleándolas en el juego del migrar interno del sur al norte.

Sin embargo esa escalera es trasera, forma parte de las prácticas colombianas no confesables. El provinciano que la utiliza nunca reconoce que se ha transformado en bogotano.

Es así como la ciudad se ha convertido en el país y el país en la ciudad.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 120 Julio-Agosto de 1992, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**